



**HAL**  
open science

## Reseña de Kant's Dog. On Borges Philosophy and the Time of Translation by David Johnson

Dardo Scavino

► **To cite this version:**

Dardo Scavino. Reseña de Kant's Dog. On Borges Philosophy and the Time of Translation by David Johnson. Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges, 2013. hal-02336030

**HAL Id: hal-02336030**

**<https://hal.science/hal-02336030>**

Submitted on 31 Oct 2019

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

*Kant's Dog. On Borges, Philosophy, and the Time of Translation*

David E. Johnson

New York: SUNY Press, 2012, 274 pp.

336

Reviews

Los lectores de esta revista recuerdan seguramente aquel pasaje de "Funes el memorioso" en el que Borges asegura que a este singular uruguayo "le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)". Lo que tal vez muchos no recuerden es que cuando abordó este mismo problema filosófico, Kant se refirió también a un perro. Y en esta coincidencia se inspira David E. Johnson para intitular *Kant's Dog* a un ensayo dedicado, en realidad, a Borges. El sudafricano J. M. Coetzee había dicho ya en su *Diario de un mal año* que "Funes el memorioso" era una "fábula cabalística y kantiana" que nos sugiere hasta qué punto los objetos son construcciones del sujeto. Pero Johnson se concentra, sobre todo, en las aporías que esto trae aparejado.

En efecto, ¿qué nos permite decir que el perro de perfil y el perro de frente son un solo y mismo perro? ¿Qué nos autoriza a llamarlo, incluso, Sultán en ambos casos? Se trata, a decir verdad, del problema más antiguo de la metafísica. Los griegos se habían preguntado ya por qué decimos que una multiplicidad de imágenes diferentes constituye una serie de distintos puntos de vista sobre una sola y misma cosa. ¿Qué nos habilita a sostener que "algo cambia", presuponiendo que sigue siendo, a la vez, lo mismo y diferente? ¿Por qué afirmamos que "eso cambió" y no nos referimos a lo que era antes y después como a dos cosas totalmente distintas? Parodiando un argumento megárico, Sócrates asegura en un pasaje del *Eutidemo* que "Si Clinias es ignorante" no se lo puede instruir, ya que si dejara de ser ignorante, dejaría de ser Clinias. Y Aristóteles empezó a hablar de "substancia" para resolver ese problema: detrás de la multiplicidad de cualidades visibles y variables, hay un invariable invisible.

Hume se dijo que ese invariable invisible, la substancia, habría solucionado todos los problemas de la metafísica si hubiese tenido a bien existir. El único inconveniente es su inexistencia, por lo menos si limitamos el empleo del verbo *existir* a las cosas que afectan nuestros sentidos. Y Kant lo sigue en este punto. Pero aunque esta substancia no exista, seguimos diciendo que "Sultán come" y "Sultán duerme", o predicamos

diferentes cosas acerca de un solo y mismo sujeto. Y este sujeto, sigue resultando, si nos atenemos al empirismo, totalmente misterioso porque podemos hablar de las orejas del perro, de su boca, de su pelo, de sus dientes, y de cada una de sus partes visibles, ¿pero qué nos permite decir que son las diferentes partes *de* Sultán? No tenemos ninguna representación sensible de esa X a la cual le atribuimos una multiplicidad de predicados. Porque si tuviésemos una representación sensible, una imagen, no se trataría de una imagen más de la cosa misma. Esa X, desde la perspectiva de un empirismo estricto, no existe. ¿Qué nos autoriza a unir o sintetizar entonces esa multiplicidad de percepciones y considerarlas como las diferentes experiencias sensibles de una sola y misma cosa?

Se trata de uno de los problemas más complejos de la *Crítica de la razón pura*, tan complejo, que la mayoría de las modificaciones entre las dos ediciones que conoció este tratado conciernen esa cuestión. El develamiento del misterio excede las posibilidades de esta humilde reseña: que los lectores que no conozcan la solución kantiana a este problema vayan a buscarla en la monumental obra del filósofo de Königsberg, o que se remitan a la glosa más cordial propuesta por David E. Johnson. Digamos solamente que Kant procuró encontrar esa respuesta en una facultad, la imaginación, y también, a falta de una experiencia sensible, en una ficción: un *como si*.

Los lectores habrán adivinado entonces que este libro gira en torno de la cuestión de la identidad y la diferencia, de la mismidad y la alteridad, de lo uno y de lo otro y, como consecuencia, en torno al tiempo, al tiempo de la transformación y de la traducción. ¿Borges no había dicho que había leído la traducción inglesa de la *Crítica de la razón pura* y que la consideraba incluso mejor que el original alemán? Ya sabemos, sí, que se trata de una *boutade* corriente en el argentino. Lo mismo había dicho, después de todo, a propósito del *Quijote* de Cervantes. Pero Johnson percibe en este comentario algo más que una *boutade*. ¿Puede decirse que, cuando traducimos un libro, sigue siendo siempre el mismo libro? Hay que tener en cuenta que incluso el primer traductor inglés se tomó el atrevimiento de simplificar y ajustar las explicaciones demasiado engorrosas del texto kantiano para que se volvieran accesibles al público de su país. ¿Se trata entonces del mismo texto o se trata, sencillamente, de otro diferente? Quienes preconicen una lectura del texto original, para preservar su genuina identidad, no

337

Reseñas

van a poder sustraerse, con todo, a la paradoja de "Pierre Menard, autor del *Quijote*": a diferencia del traductor inglés de Kant, el escritor francés vuelve a escribir el viejo texto de Cervantes sin cambiar ni una sola coma y, sin embargo, no se trata ya del mismo texto sino de otro, totalmente diferente. Para decir, a principios del siglo XX lo mismo que Cervantes, ¿Menard no tendría que haber escrito otro texto, un texto que no repitiera literalmente la novela del español? Hay un tiempo de la traducción, pero el propio tiempo también traduce un texto: convierte lo mismo en lo otro.

Una aporía semejante puede encontrarse en la concepción borgeana de la narración. En un artículo de 1932, Borges evocaba una sentencia de Mallarmé: "Nombrar un objeto, [...] es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema, que reside en la felicidad de ir adivinando; el sueño es sugerirlo." Tanto el poeta como el narrador deben callar nada menos que el nombre de lo que quieren decir, como cuando Borges omite la palabra *sexo* en "La secta del Fénix" y se limita a hablar de un rito secreto. O como cuando Ts'ui Pên evita escribir la palabra *tiempo* y la sustituye por "metáforas ineptas" y "perífrasis evidentes". Un texto se torna literario, en este aspecto, cuando las palabras que figuran en un texto se vuelven, precisamente, figuras: significan lo que significan pero, además, otra cosa. La paradoja consiste entonces en que el consejo mallarmeano en relación con el enigmático objeto de un texto resulta superfluo dado que este nombre nunca puede mencionarse: si ese nombre figurase, se volvería una figura y, como consecuencia, un sustituto de otro nombre.

No es raro entonces que Borges se topase con el viejo problema de la prohibición de pronunciar el nombre secreto de Dios en la tradición hebrea. Siguiendo la aporía de Borges, tal como la sigue Johnson en su ensayo, esta tradición prohíbe algo imposible: porque si ese nombre se profiriese, o si figurase con todas las letras en un texto religioso, dejaría de ser el nombre de Dios, y se convertiría en uno de sus tantos sustitutos. Se presupone entonces que estos nombres sustituyen otro, que no son el verdadero nombre de Dios, pero si el secreto se revelara, ese nombre dejaría de ser el genuino.

Entre Borges y Kant aparece entonces un tercer nombre en este ensayo: Jacques Derrida. Los tres autores cultivaron el gusto por las aporías, las paradojas o los paralogismos, esos "pedacitos de tiniebla griega", como los llamaba el argentino. Y Johnson no disimula en ningún momento has-

ta qué punto el pensamiento del pensador franco-argelino resulta decisivo en su libro. Él también se entrega, con manifiesta fruición, y para deleite del lector, a exhumar las paradojas, ejercicio que constituye una saludable advertencia para quienes quieran convertir la literatura de Borges en la ilustración de algún sistema: si un demonio anima su literatura es, por el contrario, el que adora, no sin humor, deconstruirlos.

Dardo Scavino  
Université de Versailles